

singular de la mancha inevitable á los hijos de Adan, participase de su maldicion y fuese presa de los gusanos y podredumbre? ¿que un cuerpo que habia sido en la tierra el vivo santuario del Verbo Encarnado, no fuese recibido al instante en el santuario eterno? Para honrar, pues, esta muerte y esta resurreccion milagrosa y para satisfacer á la piedad de los fieles, ha ya mucho tiempo que instituyó la Iglesia nuestra Madre la fiesta que hoy celebramos. Este es el premio que la magnificencia de Dios reservaba á las privaciones y abatimientos de la vida de María. Sufriendo con alegría el que los hombres ignorasen hasta su muerte las grandezas que habia obrado en ella la gracia, la hace brillar el Señor con un privilegio que una tradicion santa ha hecho venerable en toda la Iglesia y que ha derivado hasta nosotros la piedad de nuestros padres, como prenda inmortal de su celo y respeto á María.

Pero nosotros, católicos, estamos tan lejos de sufrir con alegría las privaciones que nos humillan y que hacen que los hombres ignoren lo que somos, que todo nuestro cuidado consiste en darnos á conocer, toda nuestra vida es un estudio de vanidad con el que nos dejamos ver siempre por aquella parte por donde creemos distinguirnos y agradar; aun cuando tocados de Dios y arrepentidos de nuestros desórdenes nos dedicamos á una vida cristiana, queremos que el mundo conserve la memoria de los desgraciados talentos y vanas prendas que hemos sacrificado al tiempo de romper con él; nos agrada el que en esta parte se aplauda continuamente nuestro sacrificio y que nos honren con lo que nosotros mismos hemos juzgado digno de desprecio; interiormente nos ensalzamos sobre los demás, como si hubiéramos dado mas á Dios, como si cuanto mas á propósito éramos para el mundo y para los deleites, no hubiera sido

necesario que fuese mas fuerte y abundante la gracia que nos ha causado su disgusto; como si las misericordias del Señor para con nosotros pudieran servir de títulos á nuestra ingratitud y hacernos olvidar de nuestras miserias, y así lo que fué ocasion de nuestras caidas y desgracias, viene á ser muchas veces, aun en el estado de piedad, motivo de nuestra vanidad deplorable; lo que debiera hacernos mas despreciables á nuestra vista solo sirve las mas veces de inspirarnos desprecio de nuestros prójimos. Por eso queremos participar á un mismo tiempo de la gloria del mundo y de la de la virtud, queremos que se alaben en nosotros las maravillas de la gracia y los talentos de la vanidad, y en vez de ocultar, como María, á la vista de los hombres lo que somos, queremos que aun se vea en nosotros lo que estamos pesarosos de haber sido.

Sí, católicos, no hay cosa mas rara que querer con sinceridad que se olviden los hombres de lo que puede honrarnos en su memoria. Miramos este olvido como una injuria, quisiéramos que todo el mundo leyese en nuestra frente, por decirlo así, nuestros talentos, nuestras virtudes, nuestra clase, nuestro nacimiento, y aun hasta en los santos retiros, en donde se arrojan al pié de los altares los despojos del mundo y de toda su gloria, se vuelve muchas veces á recoger con una mano todo aquel vano esplendor que parecia haberse sacrificado con la otra. . . Aun se manifiesta, bajo la oscuridad del velo santo, el falso resplandor del mundo y del nacimiento; aun hay quien vuelva á subirse sobre un barro despreciable que antes habia pisado; hay quien quiera hallar en el lugar de la humildad las distinciones que habia despreciado en el mundo, y aun en el mismo santuario del esposo hay quien haga caso de otros títulos mas que del sublime de esposa suya.

Pero si sucede rara vez el sufrir con fe este abatimiento de privacion, de que nos da ejemplo María, aun es mucho mas raro el sufrir con valor el abatimiento de dependencia en que vivió; siempre sujeta en la tierra y en todos los estados de su vida mortal, respetó siempre este camino de dependencia, como que era por donde la gracia queria guiarla; ya viviendo enteramente subordinada á la voluntad de José, ya inseparable de las órdenes y de la suerte de su Hijo, ya confiada al discípulo amado y mirándole como á dueño de sus acciones y árbitro de su conducta, ya, finalmente, yendo en seguimiento de los discípulos despues de la muerte de Jesucristo como una de las demás mujeres fieles, sin manifestar mezclarse en nada, sin atribuirse nada, no queriendo que dividiesen con ella los apóstoles el gobierno de la Iglesia que nacia, sujetándose á sus leyes y á su autoridad, no afectando preeminencia alguna en aquella santa congregacion, tratándose en ella todas las cosas sin hacer mencion de la Señora, sin que ella afectase autoridad alguna, y portándose como una simple hija de la Iglesia la que era su protectora y madre. Sí, católicos; María, adornada de todos los dones y de todas las luces, revestida de la eminente dignidad á que nunca pudo aspirar ninguna criatura, el mas firme apoyo en la tierra, despues de la muerte de su Hijo, de la Iglesia que nacia, deja todo el cuidado á los apóstoles, sin reservarse mas gloria que la de sujetarse la primera á sus decisiones. ¡Qué leccion para reprimir la soberbia é inquietud de los fieles que sin participar de la eminencia de sus dones y de sus luces, no pueden imitar su sumision y dependencia!

Por lo que toca á nosotros, católicos, no es la sumision á la Iglesia lo que nos cuesta trabajo; esta sumision no ofende ni nuestra soberbia, ni nuestras inclinaciones, ni

nuestra ambicion, ni nuestra fortuna; lo que sí nos ofende es el depender de aquellos que juzgamos ser mucho menos que nosotros, el sufrir el peso de una autoridad que juzgamos estar mal colocada; nos consolamos aun en las mas inevitables dependencias de nuestro estado, con el interior desprecio que hacemos de aquellos de quienes dependemos; nos vengamos de su elevacion con nuestras murmuraciones; nuestra soberbia, forzada á obedecerlos, se consuela con despreciarlos, sus órdenes nos hacen ingeniosos para descubrir sus defectos, y rara vez sucede que nuestros superiores y jefes tengan sobre nuestro corazon la misma autoridad que sobre nuestra persona.

El segundo carácter de la gloria á que hoy es elevada María, opuesto el carácter de dependencia que tanto amó, es una gloria de autoridad y de imperio; hoy toma en el cielo, á la diestra de su Hijo, aquel poder que no quiso ejercer en la tierra; vuelve á entrar en todos sus derechos, queda constituida para con Jesucristo medianera de los fieles, canal de las gracias, esperanza y consuelo de la Iglesia, asilo de los pecadores, protectora de los justos, recurso de los puebllos y de los imperios, y reina del cielo y de la tierra. Sí, católicos, el poder de María no tiene mas límites que los del amor de su Hijo á esta Señora. El, por decirlo así, divide con ella su autoridad, la hace distribuidora de sus gracias, quiere que nosotros nos dirijamos á ella si queremos alcanzar de él todas las cosas, y no hay cosa que mas diste del espíritu de la fe que el creer que se honra el poder de Jesucristo, disminuyendo el de su santa Madre. En ella le honramos á él, exaltamos sus dones cuando exaltamos los dones inefables de su Santísima Madre; invocamos la eficacia de su poder cuando invocamos el de su santa Madre; esta Señora y nosotros somos lo que somos solo por

él, y nuestra confianza en María tiene su principio en las maravillas que Jesucristo se digna obrar por su intercesion.

No quiero decir, católicos, que basta el ponerse bajo la proteccion de María y tributarla algunos respetos para asegurarse la salvacion. La salud eterna solamente es premio de la observancia de la ley de Dios. El que ama al mundo, el que se entrega á los deseos de la carne, el que no vence sus desordenadas pasiones, por mas que se declare siervo de María no la conoce; la Señora le mira como á enemigo de su Hijo; detesta la confianza que pone en ella como injuriosa á la religion, y particularmente á la gloria de Jesucristo; ayuda con su intercesion á los pecadores que quieren salir de sus desórdenes, pero tambien solicita ella misma el castigo para los que hacen de su intercesion seguridad y motivo para perseverar en ellos.

Y á la verdad, católicos, ¿si el mismo Jesucristo no reconoce por su madre y hermanos sino á los que hacen la voluntad de su Padre celestial, reconocerá María por hijos suyos á los trasgresores de esta voluntad santa y á los enemigos de la doctrina y de la cruz de su Hijo? ¿si Jesucristo, no obstante las aclamaciones populares de las mujeres de Juda, no quiere que consista la felicidad de María en la honra que tuvo de tenerle en su casto seno, sino en su fidelidad en oír las palabras de vida y en observar las santas máximas, nos tendremos nosotros por felices solo por traer sobre nuestros cuerpos unas señales consagradas al culto de María, sin tener grabado en nuestro corazon el amor á Jesucristo y á su verdad? ¿no seria María en este caso protectora de las pasiones que condena su Hijo? Su poder trastornaria la obra del Evangelio y abriria á los hombres otro camino de salvacion mas que el que el mismo Jesucristo les habia manifestado. ¿Qué ilusion, cató-

licos, el tomar motivo para vivir con seguridad en la culpa, del respeto que nos inspira la Iglesia para con María, y persuadirnos á que basta el fiarnos de su proteccion para alcanzar despues de una vida tan llena de delitos y pasiones, la gracia del arrepentimiento y del perdon en la muerte! ¿Es posible que siendo, como seria, vana nuestra confianza en Jesucristo, que es el autor de la vida y de la salvacion, si no viviéramos como discípulos suyos, habia de ser mas poderosa nuestra confianza en María, aunque siguiéramos las sendas del mundo y de las pasiones? No todos los que dicen á Jesucristo, Señor, Señor, han de entrar por eso en el reino de los cielos, y todos los que llamasen á María nuestra Reina, nuestro refugio, nuestra esperanza, habian de ser admitidos á la gloria que solamente ha prometido Jesucristo á los que observen su santa ley. No todos los que han publicado la gloria de Jesucristo en la tierra, que han profetizado en su nombre, que han anunciado la doctrina y extendido su reino, serán por eso contados entre los obreros fieles á quienes dará la corona de justicia, si no ha acompañado la santidad de sus costumbres á la de su ministerio; ¿y hemos de creer nosotros que todos los que han publicado la gloria de María, que se han manifestado celosos de su culto, que han aumentado el esplendor y magnificencia, y acaso cargado sus altares con dones y ofrendas, han de ser contados entre los siervos vigilantes á quienes está prometida la recompensa de los justos, si la inocencia de su vida y la pureza de su corazon no ha santificado la pompa de sus respetos? No, católicos, la Iglesia siempre ha mirado á María como apoyo de nuestra flaqueza y no como asilo de nuestras pasiones; como remedio de nuestras necesidades y no como protectora de nuestros delitos; María no cuenta por suyos sino á

los que son de Jesucristo, no mira en los respetos que se la tributan sino la pureza y fidelidad del corazón que se los ofrece, y no ama en sus siervos mas que la inocencia, la fe, la caridad y todas las virtudes que á ella misma la hicieron grata á los ojos de Dios. Por eso su poder y autoridad en el cielo corona hoy el abatimiento de dependencia en que siempre vivió en la tierra.

Finalmente, el último abatimiento de María mientras duró su vida mortal, fué un abatimiento de desprecio y de confusion; sospechando de ella San José, sufrió con silencio toda la vergüenza de una sospecha tan infame; adoraba interiormente las órdenes del Señor para con ella, y sin descubrir á José el inefable misterio que acababa de obrarse en su seno, dejaba á la sabiduría del Altísimo el cuidado de manifestar la inocencia de su sierva; unia esta humillacion á la que empezaba á padecer el Verbo encarnado en sus purísimas entrañas; se sujetaba, como él, á llevar sobre sí por algun tiempo la semejanza del pecado, á sacrificar su inocencia á las órdenes incógnitas y adorables de la divina sabiduría, y aun á regocijarse anticipadamente de la utilidad que de su humillacion y oprobio sabria Dios sacar para el cumplimiento de sus eternos fines.

Esta era la disposicion de María, y por eso se siguió á su muerte una gloria de veneracion y respeto. Último carácter: Todos los pueblos y todas las naciones han oido hablar de las maravillas que Dios obró en la Señora. En todas las partes en donde la gloria de Jesucristo ha hallado adoradores, ha hallado tambien la suya honores y respetos: apenas desapareció de la tierra, cuando los hombres apostólicos la dirigieron sus votos; aquellos felices siglos de tanto honor para la fe, fueron los primeros depositarios del respeto de los fieles á María; era preciso que la Iglesia, aun

recien nacida, tributase ya solemnes honras á esta Reina del cielo, pues desde entonces se levantaron entre los fieles algunos hombres ignorantes y supersticiosos, que heridos con la eminencia de su gloria y de su dignidad, mudaron la piedad en supersticion é idolatría; la ofrecieron sacrificios y la tributaron honores que solo son debidos al Ser eterno. De este modo, á proporcion que se extendia la fe, se fué estableciendo el culto de María en la tierra; á proporcion que la Iglesia, favorecida de los Césares, vió el esplendor y la magnificencia acompañar á la santidad de sus misterios, se hicieron tambien mas suntuosos y solemnes los respetos que se tributan á María. En vano se manifestaron entonces algunos espíritus inquietos y soberbios, que se atrevieron á disputar la augusta cualidad de Madre de Dios; sus blasfemias no sirvieron mas que de avivar la piedad de los fieles; en todas partes se levantaron altares y templos magníficos, consagrados á la gloria de su Hijo bajo la proteccion de su nombre. La religion de los pueblos opuso monumentos públicos, levantados en honor de María, á las secretas empresas de sus enemigos. Los concilios se juntaron para conservarla sus augustos derechos, y dejar á la posteridad en sus decisiones los venerables títulos de su respeto, y del de sus padres á María, y el error solo consiguió, como sucede siempre, establecer la verdad con mayor lustre.

Pero ¡qué digo, católicos! Las ciudades y los imperios se pusieron bajo su poderosa proteccion; en todas partes se juntaron santas hermandades [bajo su nombre y dedicadas á su culto; cesaron las plagas públicas por los votos y respetos que se la tributaban; nuestras ciudades y nuestras provincias, heridas por la mano de Dios, vieron caer por su intercesion la espada que las castigaba, y uno de nuestros